

Morriña

Diana Marcela Muñoz Molina

En memoria de mi abuelo Jere

Se puso los tenis viejos que usa cuando le toca ir al pueblo, se terció el morral de lona que le había hecho su abuelo y luego le dio la espalda a la casa de paredes de ladrillo desnudo. Las puertas grises se despidieron, motivadas por el viento, con un chillido suavecito.

El pueblo está bien allá. Después de los cafetales. Le toca cruzar el hueco, después bajar la loma, pasar por el cajón y cruzar el puente. Al concluir su travesía, el camino de barro amarillo se convierte en calles polvorientas y Morriña lo recibe en su seno.

El camino hacia el pueblo es largo y tedioso, pero le gusta bajar porque siempre hay algo para ver, algo que contar en la casa a la hora de la cena y con lo que espanta a manotadas la monotonía que se instala en cada rincón y que asfixia a las arañas.

A veces la novedad es un funeral, los muertos nunca se acababan en Morriña; otras veces es una casa quemada, la mayoría de viviendas son de bareque y caña brava, y como el sol pica tanto, seguido se prenden las cañas secas y a plena hora del almuerzo se consume una casa. Morriña es un pueblo silencioso, y las novedades se deshacen sigilosas en su lecho, por eso le gusta bajar, para aprovechar lo que puede antes de que una nueva alba se lo impida.

En el morral lleva el fiambre envuelto en hojas de plátano ahumadas y un tarrado

de aguapanela con limón para bajar la seca. También lleva los aretes del matrimonio de su mamá. Este año no hubo quien cogiera café y la cosecha se perdió; entonces le toca vender los aretes, a ver cuánto puede llevar de carne y de sal.

Se pone en marcha y camina a paso rápido. Cuando pasa enfrente de la casa de doña Carmen intenta cruzar agachado, no quiere que le hable de esos años inmemorables cuando fue reina.

—“¡Jeremo! afane que a las cuatro llueve”.
—La afirmación de doña Carmen lo desconcierta. Se queda agachado detrás de la mata de mora, pensando en cuando lo vio. Se queda pensando, aún falta mucho para las cuatro. Mira el cielo, no hay indicios de lluvia.

A Jeremías le gusta cuando le toca pasar el hueco, es un trozo de montaña, fresco y sombreadito. Hay muchos a los que el hueco no les gusta, los atormenta el frío que se pega de la ropa y más allá se les tira a las matas de café para tullirlas. Otros le huyen porque sus recuerdos más vergonzosos se escapan en montonera y se cuelgan de la peña, les acongoja que las piedras se les rían todo el día. A Jeremías no le ha pasado nada así de interesante, solo ha visto un par de veces a unos niños corriendo de cabeza, pero nada más.

La loma está expuesta a los rayos del sol más que cualquier otro lugar en el mundo, podría jurar que, si se estira lo suficiente,

alcanza el astro mayor con la mano. El sol le pega a uno de frente, a cualquier hora del día, y de donde sea que uno venga. Derrite las entrañas de manera lenta, por eso baja la baja corriendo, odia cuando le empiezan a hervir los pensamientos.

Se lanza en picada, nada más ver las primeras piedras. Los tenis de tela ponen a volar piedrecillas. El polvo amarillo se levanta, danza con el viento. Fulgura bajo el sol, como si de oro se tratara. Corre. Siente los pies ligeros. Siente el aire abrasante, lo siente por un momento simple y cortito. Siente la gravilla moviéndose de su lugar, y como el mundo da una vuelta. Y después otra. Y después otra...

El sol no deja rastro de la sangre. Las gotitas no caen, sino que suben. Danzan con el viento como tristes bailarinas, que luego de su pequeña participación, desaparecen en el aire. Solo sabe que estuvieron por el sabor a alambre viejo que se le mete hasta la garganta.

El morral se le enredó en la nuca. Los portas y los ataditos cayeron lejos. La aguapanela ya se ha consumido de tanto hervir cuando la agarra para volverla a guardar. Mete todo otra vez en el bolsito y se va. Baja caminando rápido, se saca las piedras que se le encarnaron en las rodillas apenas alcanza sombra. Se humedece los labios con la miel amarga, la que, por compasión, el sol dejó en el fondo del tarro donde llevaba la sobremesa.

El pedazo de camino para llegar al cajón se le hace eterno. El dolor en las rodillas y las palmas de las manos le sacan lágrimas calientes que se escurren silenciosas por sus mejillas y se lanzan en picada contra el barro. Dejan un rastro como el de Hansel



Maria Clara Jaramillo. *Theobroma cacao*. Rapidógrafo sobre papel.
28 x 21 cm. 2024

y Gretel, pero no colmado de la esperanza de un regreso, sino empapado del dolor y la tristeza de un niño de 12 años que se enfrenta al extraño mundo.

Mucha gente dice que en el cajón asustan, por eso Jeremías se va temprano, para volver antes del atardecer. No quiere que lo persiga el diablo. Así le pasó a su mamá, a la vecina, a su abuelo y a muchos otros. Dice que a más de uno se le aparece como un toro negro grandísimo que se baja desde la peña resoplando, arrastrando piedras del tamaño de una casa y dejando sin paso más de un día. Otros lo han confundido con un camión, porque bufa durísimo y levanta mucho polvo. También lo han visto con forma de perro, camina rabioso y botando una espumarada verde llena de gusanos desde las cuencas de los ojos vacías.

El cajón es un trecho pavoroso, bien sea por el diablo, o por la naturaleza de este mismo. Jeremías siempre pasa rezando por allí, agarrando bien duro la crucecita de madera de guayabo que él mismo hizo. El camino amarillo se ve rodeado por peña, es muy angosto. Cuando el diablo se aparece, no hay mucho por donde correr.

Su abuelo le contaba, que cuando era joven, un señor negoció matrimonio con un extranjero para su hija menor, pero la boda no sucedió. La Güipa morocha, que era como le decían, era tan grande que no pasó por el cajón y el cortejo se tuvo que devolver con la muchacha hasta la casa paterna.

Después del cajón, Jeremías camina más rápido. Está por llegar al puente, cuando dos tipos que nunca en su vida ha visto, montados en caballo, lo alcanzan. Uno saca el machete, le dice que le pase el morralito. Jeremías sabe que los aretes son el sustento de más de una semana. Se le eriza la piel del miedo. Mete la mano al morral, tantea, solo tiene uno. Debió perder el otro cuando se cayó.

Los árboles de eucalipto que rodean el camino desprenden un aroma tranquilizante que baila con el viento y le susurra al oído que sea valiente. Se traga el nudo de la garganta, el que lo quiere asfixiar desde adentro. Entonces se echa a correr.

La sangre que sale de sus heridas se mezcla con sus lágrimas, se fusiona en el aire en una mezcla de humanidad, antes de fragmentarse contra la tierra.

El hombre del machete lo alcanza primero, el filo de la hoja brilla en lo alto. El sonido de sus pasitos aterrorizados se ve apenas interrumpido por el zumbido del metal cortando el viento, suena como las abejas enojonas de

doña Carmen. El impacto le quema la espalda, lo tira al suelo. También se siente como un piquete de abeja, pero multiplicado por mil.

Los hombres cogen el morral y agarran para el pueblo. Los ve desaparecer en la curva del camino.

El niño empieza a nadar en un charco espeso. Respira pesado. Las lágrimas de rabia lo ahogan. El aroma del eucalipto le susurra que sea valiente. Se levanta. Está empapado de pies a cabeza, no mira si es sangre, o sudor. El aroma del eucalipto le susurra que sea valiente. Corre tras los ladrones, impulsado por el sueño de un niño de doce años. Quiere alcanzar las primeras casas de Morriña, quiere describir a los ladrones antes de caer al abismo de la inconsciencia.

Se cae llegando al puente, el barro amarillo lo recibe con brusquedad. Le duele vivir. De su boca solo sale un pequeño murmullo: “los de los caballos...” El puente le dice que no ha pasado ningún caballo. El río dice lo mismo. El camino le dice que es el primero en pasar durante mucho. Jeremías se levanta, cruza el puente, jadeando como una vaca en el matadero. Alcanza las matas de caña brava. El viento viene detrás de él, trae un rumor de muerte. Pasa con violencia y se lleva el matorral. Arranca de raíz las esperanzas del niño.

No hay nadie. No hay casas. No hay ningún pueblo. Solo hay un potrero de pasto amarillento, que lo recibe con ternura cuando cae al abismo y lo abraza cuando empieza a llover a las cuatro.

Diana Marcela Muñoz Molina es estudiante de pregrado de la Facultad de Comunicaciones y Filología de la Universidad de Antioquia.